José Saramago, *Democracia y Universidad*, 2010, España, Editorial Complutense, colección Foro Complutense, 76 pp.

RECEPCIÓN: 29 de octubre de 2010.

ACEPTACIÓN: 24 de mayo de 2011.

“Y o no escribo para agradar, tampoco escribo para desagradar. Yo escribo para desasosegar. A mí me gustaría que todos mis libros fueran considerados libros para el desasosiego”. Esta declaración de José Saramago revela el horizonte del que surge y al que se dirige buena parte de su proyecto literario. Nace de la conmoción que genera el poder de las palabras y se deleita con la posibilidad de trocar y subvertir la realidad. Desde la niñez, y tal vez permaneciendo en ella, descubrimos ese *fiat lux*, en el que encontramos refugio y compañía. Herramienta inestimable, y tal vez única, para conservar a los que amamos, desatar tempestades y alterar el mundo que nos rodea. El mismo Saramago lo describió con sutileza y sencillez en el mensaje que impartió cuando la Academia Sueca le otorgó el máximo galardón en Letras el año de 1998: “Mientras el sueño llegaba, la noche se poblaba de las historias y los sucesos que mi abuelo iba contando: leyendas, apariciones, asombros, episodios singulares, muertes antiguas, escaramuzas de pico y palo, palabras de antepasados, un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto era capaz de poner el universo en movimiento apenas con dos palabras”.¹

Efectivamente, narrar es crear y recrearse. Es un esfuerzo sostenido por referirnos a un espacio poblado de entidades, situaciones y significados que germinan en el territorio fronterizo de la propia voluntad y del atrio de la inspiración. Constituye un desafío en el que la subjetividad del autor se desvela necesariamente, como un eco de voces ajenas y producto de su arbitrio. En sentido contrario, el lector re-crea la obra que se le presenta, reinterpretándola.

¹ José Saramago, *Discurso de aceptación del Premio Nobel*, 1998, Lisboa, Fundación José Saramago. p. 1.

RESEÑAS

En este ir y venir, autor y lector, realidad y ficción, se alternan y confunden, se nutren del único y original sentido de la palabra: ¡hágase!, y de su fecundidad. Octavio Paz, en el apéndice del *Laberinto de la Soledad*, reconoció que los niños en su edad temprana descubren esa facultad mágica y creadora del lenguaje. La misma cualidad que comparten los poetas en sus esfuerzos.

Por la virtud mágica del lenguaje o del gesto, del símbolo o del acto, el niño crea un mundo viviente, en el que los objetos son capaces de responder a sus preguntas. El lenguaje, desnudo de sus significaciones intelectuales, deja de ser un conjunto de signos y vuelve a ser un delicado organismo de imantación mágica. No hay distancia entre el nombre y la cosa y pronunciar una palabra es poner en movimiento a la realidad que designa. La representación equivale a una verdadera reproducción del objeto, del mismo modo que para el primitivo la escultura no es una representación sino un doble del objeto representado. Hablar vuelve a ser una actividad creadora de realidades, esto es, una actividad poética. El niño, por virtud de la magia, crea un mundo a su imagen y resuelve así su soledad. Vuelve a ser uno con su ambiente.²

El reconocimiento que hace Saramago de su propia obra, como la de un *gesto* que tiene por objeto desasosegar, revela que su intención primordial no fue nunca la creación de universos unitarios, ni siquiera la defensa de un discurso reivindicatorio, sino que, de manera análoga a la experiencia del profetismo veterotestamentario, quiere extenderse como una mano para “derribar”, “dislocar” y “con-frontar” los sentidos en los que ordinariamente nos refugiamos. Es decir, su narrativa nace de su actitud poética. La de una acción que necesariamente destruye y crea.

El género profético es primordialmente un ejercicio hermenéutico. No busca como tarea primordial adivinar el futuro sino permitir una interpretación de los hechos históricos. Las formas poéticas, repletas de símbolos y señales, son un instrumento valioso para dilucidar visiones, oráculos, sueños, acciones simbólicas, augurios. Mediante de gestos y palabras, el profeta devela el sentido del sufrimiento que azota al pueblo, que en la mayoría de los casos, al menos en Israel, tiene su fuente en la soberbia y pretendida autosuficiencia de los hombres. Desde esta perspectiva, su discurso resulta irremediabilmente incómodo e incomprensible para la mayoría. Las imágenes resultan oscuras, el gesto malhumorado y el mensaje pesimista. Se le considera una crítica burda de las instituciones, perversa y dolosa contra el poder establecido y el culto, una ocasión para la subversión y el desorden.

²Octavio Paz, *El laberinto de la Soledad*, México, FCE, Apéndice.

Pero no debemos confundirnos y creer que los profetas están al servicio de una moralización corriente. Su gesto es hermenéutico en el sentido estricto de la palabra. Ilumina, orienta e invita a descifrar su sentido de manera progresiva. Es un ejercicio que alterna el sentido con la oscuridad. Se equipara a la danza porque es un desplazamiento continuo. Niega donde todo afirma y viceversa. Es, sobre todo, una palabra que desajusta e invita a profundizar en el sentido de las acciones propias y colectivas. Es evocadora e irremediablemente retrospectiva. Nos deja inciertos y poblados de posibilidades. La única condición es la de embarcar a todos los oyentes sobre los pliegues del sentido, la reflexión desenfadada y la apertura valiente, de manera que se pueda vislumbrar un poco de inteligibilidad.

En estos esfuerzos es común que los profetas se conviertan —¿vuelvan?— voluntaria o involuntariamente irónicos. En cada palabra mordaz se adivina un lamento, una queja contenida e incluso una expresión de desconsuelo. Tampoco es extraño que sus mensajes posean una estructura musical como la de muchos poetas. El profeta experimenta en carne propia las dificultades de una vocación, después, las de encontrar una métrica, una cadencia apropiada. En esos ensayos, se retiran y tratan de sintetizar su propio silencio, de escuchar una tesitura, un estilo, su propia voz. Un proceso equivalente experimentó el hijo predilecto de Azinhaga, Portugal, que después de un largo itinerario intelectual, logró devenir escritor “profético” hasta los 58 años. Luego de sus primeros intentos literarios, en su mayoría infructuosos, se dedicó a explorar los más diversos géneros, tratando de identificar el acento propio. Cultivó la poesía, el cuento y extendió una prolífica carrera periodística.³

En este libro, *Democracia y Universidad*, que recientemente ha publicado la Universidad Complutense de Madrid, se puede encontrar un polémico y “agudo” balance del sentido y finalidad de la educación en el ámbito universitario. Se trata de una conferencia que José Saramago dictó hacia el final de su vida, y que evidentemente, es un ejercicio paradójico, sobre todo, porque este gran escritor nunca pudo cursar estudios superiores. No fue un beneficiario de los ideales ilustrados que la modernidad se encargó de enarbolar. La notoriedad como escritor y la fama de sus obras le alcanzaron después de cumplir 60 años y fueron el resultado de un largo itinerario intelectual en la sombra, que comenzó a dar frutos después de sus obras, *Levantado del Suelo*, *Memorial del Convento*, *La muerte de Ricardo Reis*, *La balsa de piedra* e *Historia del Cerco de Lisboa*, en la década de 1980.

³Horacio Costa, *José Saramago: el periodo formativo*, 2004, México, FCE, p. 33.

RESEÑAS

En este diálogo, José Saramago apela al significado dinámico de las palabras, que pueden permanecer exteriormente, incluso cuando no refieran a las mismas cosas que les originaron. Esta situación es totalmente normal, porque las cosas cambian. Sin embargo, no deberían pasarnos inadvertidas y menos cuando se refieran a cosas contrarias a las que les dieron origen. “Sí, todo cambia, pero no siempre para mejor”. Si la mutación, y en algunos casos, la putrefacción de las palabras se puede constatar frente a la indiferencia general, educación y democracia no parecen ser la excepción. En algunos casos, la buena fe nos hace esperar nostálgicamente de las palabras contenidos que no pueden ofrecernos; en otros casos, la mentira pretende dormir a las personas.

Según Saramago, la palabra educación es una de las más equívocas, por lo menos cuando se refieren al ámbito escolar. De acuerdo con esta perspectiva, la instrucción está centrada en la transmisión de un conjunto de conocimientos sobre las distintas materias que se encuentran en un programa. “Educar es, según el diccionario, dirigir, encaminar, adoctrinar, y los profesores, tengo que decirlo aunque pueda molestarle a alguien, no están para educar, sino para instruir, no pueden educar porque no saben y porque no tienen medios para hacerlo. Para instruir sí, para eso han recibido el encargo de la sociedad”.⁴

Esta concepción dicotómica que distingue de manera irreconciliable la “riqueza cultural-moral” de la “competencia técnica” y “civilizatoria” tiene como punto de partida el proyecto de la educación generalizada y pública que se desarrolló teóricamente durante la denominada “época de las luces”. No representa, ni remotamente, los múltiples esfuerzos que se han ensayado en Occidente, y en muchas otras culturas, para brindar a las jóvenes generaciones, además de un acervo de técnicas e instrumentos, un conjunto de criterios para la actuación en la esfera moral. En este sentido, la crítica de Saramago no es novedosa e incluso puede prestarse a equívocos. Las instituciones escolares que han aparecido desde la Antigüedad y que se consolidaron en la Edad Media, no concibieron posible que las instituciones escolares se desvincularan por completo de la conducción moral de los estudiantes. Incluso, resulta muy complicado sostener que el proyecto de educación pública que se consolidó durante los últimos años del siglo XIX en Europa, y que coordinó el Estado moderno, hubiera renunciado *de iure* a la formación moral de los estudiantes. Antes lo contrario. El Estado moderno decidió expropiar esta tarea educativa de los padres en favor de la institución

⁴ José Saramago, *Educación y Universidad*, 2010, Madrid, Editorial Complutense, p. 28.

escolar, de modo que en ella los alumnos no sólo fueran entrenados en una serie de destrezas técnicas, sino en la alta misión de formar a los buenos ciudadanos. Ahora bien, reconocer que esta separación entre instrucción y educación se agudizó en el transcurso del siglo XX no significa que así deba ser; de hecho, nunca ha sido así.

Aceptando sin conceder que la escuela “moderna” no ha nacido para educar sino para instruir, la crítica parece dirigirse al proyecto moderno de escuela, no a la misión que ésta debe tener como uno de los agentes educativos. La simpleza de miras con la que Saramago critica la institución escolar en su conjunto está lejos de aquellas poderosas revisiones que sobre la misma hicieron, desde otros horizontes, Ivan Illich⁵, Pablo Freire⁶ y Dewey.⁷ En ellas se sacude de manera radical la existencia misma de la escuela y se defienden otros espacios como fuente educativa.

Según Saramago, la prueba de esta dicotomía irreconciliable se encuentra en la evidencia de que muchas personas, verdaderamente educadas, no han pasado por las aulas. La educación es una conquista de la familia, incluso de aquella más iletrada que posibilita la verdadera “educación básica” y orientación en la vida. Si la educación es una conquista de la familia, ella es la única responsable de la misma. Desafortunadamente, no es posible que la familia, hoy en día, pueda realizar esta tarea, porque se encuentra en crisis. Tampoco es posible esperar una educación de la sociedad cuando ésta aparece en una situación de conflicto. En ese escenario nadie educa, por eso se le demanda a la escuela y a la universidad una tarea que excede sus fuerzas. No tiene ni los medios, no sabe como hacerlo, ni nació para eso. Exigirle a la institución escolar que realice esta misión es responsabilizarla de algo que no le corresponde por naturaleza. Definitivamente, el argumento de Saramago adolece de dos problemas. En primer lugar, la evidencia de que hombres sin instrucción sean educados no nos permite concluir que la escuela no eduque, sino que no es el único actor que puede realizar la tarea: ésta es una tarea de la sociedad. En segundo lugar, no ha comprobado su argumentación, reconociendo que la escuela puede o no educar a alguien. ¿No cabe la posibilidad de que algún egresado de una escuela haya recibido de ella una educación que sus padres y la sociedad, aparentemente, no le ofrecen? En último término, parece que José Saramago ha pasado de largo la consideración básica de la mayoría de los estudiosos en ciencias sociales: que la sociedad

⁵ Iván Illich, *La sociedad desescolarizada*, 1985, México, Joaquín Mortiz.

⁶ Pablo Freire, *La educación como práctica de la libertad*, 1990, México, Siglo XXI.

⁷ John Dewey, *Democracia y educación*, 2004, España, Ed. Morata.

RESEÑAS

irremediablemente educa, es decir, dirige el actuar de los individuos, de acuerdo a ciertos cánones de comportamiento. No sabemos si estas exigencias abonan en mayor autonomía de los individuos, pero sostener lo contrario sería lo mismo que inferir que nos hemos hecho hombres ajenos al resto de los demás.

No obstante las insuficiencias que el texto de Saramago puede tener, resulta congruente con su proyecto literario, sobre todo el de las últimas dos décadas, en el que realizó un juicio sistemático de la racionalidad moderna, del consumo desmesurado, de la falacia que encubren muchos discursos democráticos y de la religión tradicional. En sus novelas, *Evangelio Según Jesucristo*, *Ensayo sobre la Ceguera*, *Todos los nombres*, *La Caverna*, *El Hombre Duplicado*, *Las Intermitencias de la Muerte*, *El viaje del Elefante y Caín*, se nos presenta como un escritor que, martillo en mano, quiere sacudir a su lector, invitarlo a pensar desde otro lugar.

En *Democracia y Universidad* justifica que ésta es el lugar del debate, donde “por definición, el espíritu crítico tiene que florecer; un lugar de confrontación, no una isla donde el alumno desembarca para salir con un diploma. Creo que la universidad, por sí misma, no es la panacea”.⁸ José Saramago niega para afirmar. Sostiene que la escuela y la universidad no pueden educar, para después pedirle el compromiso decidido con la educación para la ciudadanía.

208

Sin idealizar la institución, habría que tender a que el objetivo que lleva en el nombre –la universidad– al menos estuviera presente en las distintas facultades y se expresara, un espíritu abierto que obliga a reflexionar, que capacita para el análisis, implica dominio de los conceptos, información sobre lo que es el mundo en que vivimos, las distintas sociedades humanas, las contradicciones, la historia que nos ha hecho ser como somos, el pasado colectivo y el presente individual y plural que tenemos que levantar. Así, al final de una carrera universitaria podremos tener un ingeniero, sí, pero sobre todo un ciudadano consciente de serlo.⁹

En este danzar de profeta, de negar para afirmar, de afirmar para negar, Saramago dice que la democracia es un sistema en el que no tenemos elección. Niega la posibilidad de toda utopía y se sobrecoge frente al futuro. De modo análogo al de muchas de sus obras, la delicada ironía, la transmutación de los valores y la paradoja acompañan el intercambio final que tiene con los asistentes a la conferencia.

⁸ José Saramago, *ibid.*, p. 36.

⁹ *Ibid.*, p. 37

Sus obras tienen la cualidad de hacernos comprensible una realidad que se nos desvanece. En la empresa no deja de cautivarnos con ese lenguaje cargado de “parábolas” símbolos y gestos. En ellas se reflejan realidades distópicas, incómodas, que no dejan de ironizar, sin renunciar a los dictados de la creación y la imaginación.

Muchas veces, los profetas son retratados como personas malhumoradas, políticamente incorrectas. Sus mensajes no son claros sino que se encuentran envueltos en parábolas ambiguas y complicadas analogías. En ellas, de continuo se vierten atmósferas apocalípticas y no sólo porque nos anuncien desgracias, sino porque intuyen y lanzan admoniciones sobre lo sórdido de la condición humana lejos de Dios. Resulta común que estos hombres riñan de manera vigorosa contra los falsos dioses, los líderes religiosos y contra una ritualidad que ha perdido sentido. Se enfrentan vigorosamente al poder, desafían el desorden establecido y reivindican una moral que no destruya lo sagrado. En Saramago la herida trágica sigue abierta. Su profecía no tiene por objeto que el hombre se vuelva a Dios, sino a sí mismo. Saramago es el profeta secular que nos advierte de los riesgos de un mundo sin compasión, de un mundo sin alma, de una realidad que todo lo mercantiliza. Nos anticipa con ceño amargo e incluso irónico que debemos volver al hombre.

JOSÉ RAFAEL GONZÁLEZ

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México